

llenaba papel primordial en la vida del pensamiento. Se admiraban los libreros franceses y españoles de épocas pasadas del número de volúmenes impresos consumidos, quiero decir comprados, por nuestros compatriotas. Hoy no logran abrirse las ferias del libro y es un problema procurarse en las librerías obras literarias o científicas de elevado nivel intelectual.

Dos guerras mundiales sucesivas, o mejor dicho, una sola tenebrosamente devastadora que dura aún, han disminuído la producción de las fábricas de papel y encarecido el artículo perturbadoramente. De otro lado la calidad del libro ha bajado a niveles que suscitan la sorpresa de los especialistas. Basta echar la mirada hacia atrás para comprender que nuestra era, ufana de haber logrado grandes adelantos en las ciencias físicas y en la mecánica, no puede medirse con la calidad de la producción literaria de otros siglos cercanos y remotos. La calidad decae y con ella el prestigio de la producción. Por lo que hace a la América Latina, los editores premurosos de nuestros días han contribuído tristemente al deterioro del libro como agente cultural y como artículo de comercio. En el curso de pocos años los impresores de libros españoles en el hemisferio lo han inundado, a falta de obras originales, con reimpresiones y traducciones, muchas de ellas aflictivas por su apariencia material y por la humildad del desempeño. La marejada de pro-

ducción ha sido tan copiosa que el mercado sufre de estancamiento. Así, pues, el libro no se vende por su mala calidad, primero y, luego, porque no hay anaqueles ni cerebros donde colocarlo.

A todo lo cual se agrega que los gobiernos lo persiguen como si de él no necesitaran para hacer más gobernables a sus administrados. A la escasez de papel y a la penuria de autores dignamente capacitados se agrega la persecución sistemática franca o subrepticia de los gobiernos, que aumentan los impuestos, mantienen tarifas postales abrumadoras, imponen limitaciones en el tráfico e inflan los precios con las prohibiciones de un lado y con las medidas de todo género que merman el precio de la moneda.

El libro pierde de valor intrínseco en su contenido, en su mérito artístico, en su significado cultural y, a un mismo tiempo, sube de precio en lo comercial, hasta convertirse en objeto prohibitivamente suntuario. Su calidad disminuye a medida que sube su precio, y las ferias no llegan a cumplir sus fines de progreso, ni siquiera a abrirse, porque los libreros no se sienten equipados para surtirlos ni el público adecuadamente provisto de fondos para procurarse artículos que desde muy modestos puntos de vista no satisfacen las generales aspiraciones.

B. SANIN CANO.

## Salutación epistolar

(Envío del autor)

"Guatemala 28 de diciembre de 1948.

Señores miembros de la Petarquía Gubernamental, coroneles Manuel de J. Córdoba, Oscar Osorio y Oscar Bolaños, y doctores Humberto Costa y Reinaldo Galindo Pohl. Palacio Nacional, San Salvador, C. A.

Jóvenes Patricios:

Tras de más de una década de ominoso despotismo martinista, el invicto pueblo salvadoreño se sacudió corajudo y estoico contra el régimen matonista imperante, el día 2 de abril de 1944; e hizo sentir cruenta y audazmente su indeclinable decisión de terquedad patriótica; vale decir, su propósito redentor y avancista de abatir y ajusticiar al pretoriano, a sus sicarios y a su sistema conspuyente y concusionario, liberando al país y enalteciéndolo, o morir en la demanda.

El pueblo convulso, incluso la juventud universitaria, obrera, campesina y militar, cumplió con su deber cívico y patriótico en aquella época crucial: se inmoló serena, consciente y viril en las barricadas callejeras, en los muros de los cuarteles, a campo traviesa y en el patíbulo..., pero, el tiranuevo aludido centrandó su energía indómita en el contra-ataque vertiginoso y sangriento, cambió de súbito las tornas de la fuerza, e hizo de su derrota y ocaso, una victoria pítrica, engañosa y fugaz... Fusiló, torturó, encarceló, expulsó y diezmó a la ciudadanía opositora, como procedimiento expeditivo de perpetuarse en el poder, de imponer una paz sin justicia, democracia ni libertad, de sobreponerse a los designios históricos de la hora contemporánea, que son de reajuste económico, de levante político y social, de superación cívica, moral e intelectual, de

justicia actuada, de probidad administrativa, de sinceridad, de verismo, de realismo; en suma, de liberación y de federación...

Adivino un interregno, una tregua virtual armada de odio, acero y venganza de parte del tiranuelo contumaz e implacable, cebado en la sangría de su pueblo inocente, sufrido y heroico; de vergüenza cívica, de patriotismo vigilante, de amor consubstanciado con la Patria malherida, con las instituciones republicanas rotas, con la democracia escarnecida; y de ira santa abocada al sacrificio, a la lucha y a la muerte de parte de ese pueblo "macho" de Centroamérica, condigno legatario de las gestas libertadoras de nuestros próceres.

Siendo como era transitoria la tregua, la indeclinable lucha se reanudó inopinadamente. La ciudadanía se alzó unánime casi, inerte, abroquelada de fe y de honor insobornables, frente al tiranuelo y su grey totalitaria, sordos e insensibles a la demanda nacional e interamericana que a gritos les pedía resignar el poder, como única forma de acallar la protesta popular, de propiciar el advenimiento de la paz y de estructurar un nuevo régimen. Emergió la rebelión a ptomedios de mayo del propio año, perfilándose dentro del país con el subrayado de los hechos y afuera a través de las informaciones alusivas, como una huelga general que aglutinaba al pueblo salvadoreño en su inmensa mayoría, sacudido por la vergüenza y por la indignación cívicas, en un haz de voluntades reivindicadoras, afirmativas e inapelables, para ver de jugarse la vida a cara o cruz, en defensa de sus derechos conculcados y en servicio de un elemental sentimiento de humanidad...

La ejemplar protesta patriótica complicó la posición del "gendarme" cainita, lo hizo

vacilar en su contrafuerte autoritario y finalmente huir de su trinchera palatina, espantado de la abominación, de los crímenes, del peculado, del servilismo, de los errores y lacras con que inmortalizó para el oprobio su tránsito por el poder público.

Aunque el tiranuelo fué abatido y expatriado en tal ocasión; sin embargo su sistema de opresión, de crimen, de fraude, de simulación, de peculado y de crueldad pervivió... y se encimó al pueblo salvadoreño a través de los regímenes que le sucedieron, ostentando y detentando el cognomento de republicanos y democráticos.

Semejante fracaso, tal frustración revolucionaria aportilló y melló el rozagante y juvenil optimismo patriótico del pueblo salvadoreño, querido y admirado rendidamente por el resto del pueblo centroamericano, en cuyo espíritu inquieto y atormentado vibra, se agita y arraiga muy hondo todo ideal generoso, y por ende la solidaridad moral para con los oprimidos, justos y tristes de la tierra.

El colapso apuntado pudo ser la muerte del espíritu genuinamente revolucionario del pueblo salvadoreño; empero, antes que desmoralizarlo y sepultarlo, reagrupó y estimuló sus fuerzas sociales para la lucha, retempló su ánimo y lo hizo jurarse al servicio de la sagrada causa nacionalista, cuyo triunfo integral alcanzado a corto o a largo plazo —según sean los nuevos imponderables de nuestra historia patria, propicios o adversos— habrá de deparnos con la liberación de todas nuestras parcelas centroamericanas, con la derrota vertical de los matonistas criollos, con la extirpación de la endemia separatista y de su secuela, el peculado y la ambición desalmada de poder... la estructuración de la República Federal, su broncínea solidez, la renovación de nuestro país de la raíz a la fronda en todo cuanto se refiere a sanidad, agricultura, instrucción pública, fomento, legislación, economía, industria, inmigración, justicia social, americanismo bien entendido y reciprocado, seguridad continental, adhesión sincera e inteligente a la política de juridicidad, mundialidad y pacifismo de las Naciones Unidas.

Las supervivencias del martinismo periclitaron por modo fulminante el día 14 de diciembre en curso; mediante un golpe certero de la revolución en marcha, aunque malherida y frustrada, desde el 2 de abril de 1944. Bien venido sea un suceso de tanta monta, un evento histórico tan relevante y prometedor, toda vez que en realidad de verdad termine con una caa abominable y vergonzosa, e inicie otra de creación, de responsabilidad, de avance, de desinterés, de trabajo, de libertad, de justicia, de unionismo y democracia actuadas, no mentidas...

Para legitimar el triunfo cívico-militar alcanzado, importa a la Petarquía Gubernamental, al joven y moderno ejército y a los partidos políticos que apoyaron, defienden y posibilitan el movimiento reivindicador, inculcar una doctrina, la del mantenimiento de un régimen de libertad política dentro de una democracia orgánica e igualitaria, bien advenida y coordinada con el principio de autoridad.

Además, conviene recordar y tener siempre presente, que todo ejército moderno en nuestras democracias avancistas está adscrito a objetivos exclusivamente castrenses; es decir, al deber indeclinable de defender la patria en guerra justa, de garantizar el imperio de la Constitución y demás leyes e instituciones re-